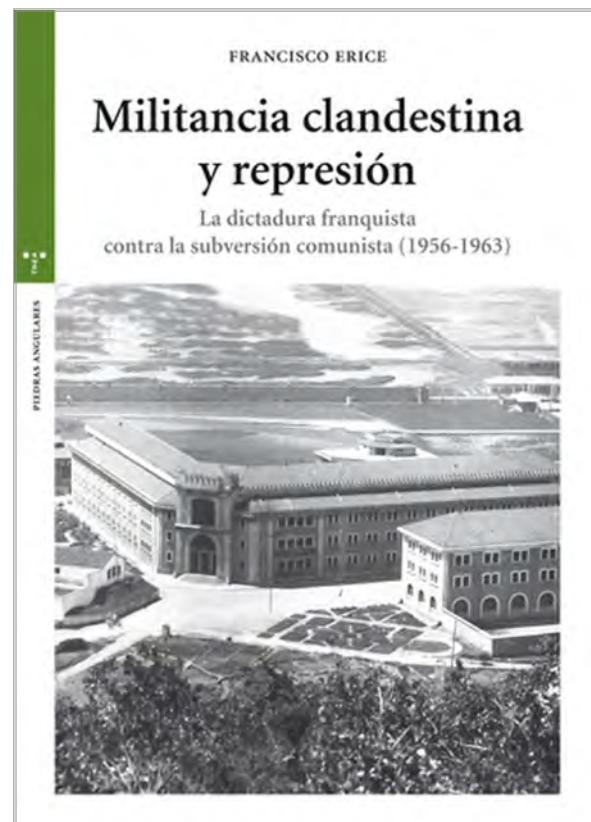


Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963), de Francisco Erice

José Carlos Rueda Laffond
Universidad Complutense de Madrid

Hace pocos meses David Ginard escribía en estas mismas páginas, a propósito del reciente estudio de Carme Molinero y Pere Ysàs dedicado al Partido Comunista de España (PCE) entre 1956 y 1982, acerca de la necesidad de situar esta aportación en la evolución de la agenda historiográfica española. La misma consideración cabe establecer como llamada de partida al señalar el trabajo de Francisco Erice *Militancia clandestina y represión*, publicado en la Colección Piedras Angulares de la asturiana Ediciones Trea.

Ginard mencionó el radical contraste existente entre la investigación histórica más reciente y los añejos enfoques que determinaron las visiones sobre el PCE en las dos décadas finales del franquismo. En aquel momento, y mediante una cierta mecánica de espejos invertidos, se confrontaron los trabajos fervorosamente anticomunistas de autores como Eduardo Comín Colomer frente a la literatura apologética de partido. Este contraste todavía se agudizaría más si advertimos la coincidencia cronológica entre algunos títulos señeros. Comín, además de un resaltado responsable policial en la Brigada Político-Social, fue un infatigable



publicista que colaboró activamente en la vulgarización de una imagen en negro del PCE entendida como nutriente esencial del discurso mitológico y legitimador de la dictadura. Para ello se sirvió asiduamente del aparato editorial del régimen, erigiéndose en peculiar intelectual orgánico. Su conocida y extensa *Historia del Partido Comunista de España* vio la luz a mediados de los años sesenta en la Editora Nacional.

*Francisco Erice, *Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963)*, Gijón, Ediciones Trea, 2017, 286 pp.

Recién iniciado el decenio, en abril de 1960, se publicaba por su parte la *Historia del Partido Comunista de España*, obra de una comisión de trabajo encabezada por Dolores Ibárruri e integrada por Irene Falcón, Antonio Cordón, Luis Balaguer, José Sandoval y Manuel Azcárate. Aquel proyecto se gestó dos años antes, y, aunque existieron dudas acerca de su exacto enfoque temático, la decisión inicial adoptada fue abordar una historia del partido en cinco volúmenes aprovechando el cuadragésimo aniversario de la organización. El primer plan de obra se estructuró siguiendo un orden cronológico: la fundación del partido, la etapa del Frente Popular y la Guerra Civil, la lucha contra la dictadura, una entrega dedicada a la Unión Soviética y un ensayo titulado *Qué es y por qué lucha el Partido Comunista*. Santiago Carrillo sugirió entonces que este debía ser el primer título en ser editado, subrayando así la importancia explícita que las lecturas de presente debían tener sobre las visiones de pasado.

En su resolución final la *Historia del Partido Comunista de España* estuvo lejos de aquella primera concepción. Se trató de una apretada síntesis que recorría el devenir del partido desde sus orígenes hasta la Política de Reconciliación Nacional. De hecho, el subtítulo de la obra alertaba al lector de que estaba ante una «versión abreviada» —la definitiva nunca fue escrita. Otro tanto ocurrió con el texto de Comín, que concluía su relato en vísperas del 18 de julio. En este otro caso asimismo figuró una llamada de atención como subtítulo donde se advertía que se trataba de la «primera etapa». La narración subsiguiente tampoco apareció jamás.

En todo caso, ambas iniciativas se proyectaron sobre otros proyectos más ambiciosos. En un caso, sobre la tetralogía *Guerra y Revolución en España, 1936-39*, publicada a partir de 1966, que en buena medida proseguía la tarea de introspección y memoria

abierta desde la comisión de trabajo encabezada por Pasionaria. Y respecto a la obra de Comín, enlazando con el esfuerzo oficial encauzado a través del paraguas proporcionado desde mayo de 1965 por la Sección de Estudios sobre la Guerra de España encuadrada en la Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo, uno de los viveros de lo que Herbert R. Southworth prontamente caracterizó como «la escuela neofranquista sobre la Guerra Civil». Sus resultados se sustanciaron en libros de tono académico, publicaciones más generalistas, textos de divulgación, artículos en prensa o trabajos documentales para televisión.

Los títulos mencionados pueden interpretarse, aún a riesgo de simplificar en exceso sus singularidades o sus exactas coordenadas de producción y difusión, como muestras de alteridad discursiva. Este tipo de prácticas, configuradas a través de un peculiar ejercicio de acción y reacción asimétricas, de réplicas y contrarréplicas desiguales, se evidenciaron a través de otras muchas manifestaciones durante los años sesenta. Cabe mencionar, por ejemplo, el caso de Radio España Independiente (REI). Según han resaltado Armand Balsebre y Rosario Fontova, la emisora aspiró en este período a convertirse en alter ego de Radio Nacional a través de una exhaustiva contraprogramación de contenidos. En paralelo, bloquear la señal de La Pirenaica se convirtió en una obsesión técnica y política para el régimen. El Servicio de Interferencia Radiada —dependiente de la subsecretaría de Presidencia y, por tanto, bajo la égida directa de Luis Carrero Blanco— se reorganizó en 1962 con esa intención neutralizadora.

No es este el lugar para detallar los pasos y las perspectivas abiertas desde la historiografía más reciente interesada por el análisis del PCE durante el dilatado período marcado por la dictadura primoriverista, la Segunda República y la Guerra Civil,

el franquismo y la Transición Democrática. Baste señalar solo las notables aportaciones de Francisco Erice en esas coordenadas más vastas, en particular en cuatro grandes ejes: la investigación sobre la presencia del PCE en Asturias, las dinámicas de movilización o conflictividad obrera en aquella región durante los primeros años sesenta, el giro encarnado en la política de reconciliación nacional y su sentido en la estrategia general comunista durante la etapa 1954-65 y la dimensión encarnada en la base militante, ya fuese atendiendo al componente femenino asturiano o a los marcos de subjetividad existentes desde finales de la década de los cincuenta, en aspectos como las claves de autopercepción, las marcas de identidad colectiva o los referentes de memoria compartida.

Militancia clandestina y represión se emplaza en esas líneas de reflexión haciéndolas converger hacia un objeto de estudio definido que aprovecha, a su vez, un bagaje previo fundamental: un estudio inédito encargado hace unos años por la Fundación Horacio Fernández Ingauanzo —*Las víctimas de la reconciliación nacional. La represión contra los comunistas españoles (1956-1963)*—, que constaba de un estudio analítico, una compilación documental y de alrededor de 1.500 fichas biográficas de represaliados durante aquel período.

La obra de Erice se construye, en cierto modo, a partir de círculos concéntricos fundamentados en la oposición estructural entre el partido antifranquista por autonomía y una dictadura que hizo perenne bandera del anticomunismo. Tales círculos se nutren por la interacción entre varios niveles. La primera parte del texto (capítulos 1-4) traza una panorámica de conjunto dedicada al PCE. Atiende a ese giro sustancial en la política de reconciliación nacional, en un contexto cuyos extremos abarcarían del V al VII Congreso (1954 y 1965), y a su

realidad orgánica en el interior como fuerza clandestina. Complementariamente se interesa también por el régimen durante aquellos mismos años, resaltando en especial su rol adaptativo y los frutos logrados en el rentable escenario de la Guerra Fría, junto a los brotes aperturistas y esa persistencia de la pulsión anticomunista en sus expresiones en forma de relato propagandístico y herramientas político-judiciales.

La segunda parte de *Militancia clandestina y represión* (capítulos 5-9) se centra en una exploración detallada y ponderada de la secuencia que dio forma empírica a la lucha contra la «subversión comunista». Se estudian entonces los eslabones de la represión: las «caídas» y detenciones; los interrogatorios, torturas y malos tratos en comisaría; los procesos judiciales; las cárceles como centros de castigo, pero también como espacios de resistencia, hasta llegar a los rasgos determinantes que definieron la solidaridad y la lucha antirrepresiva como nudos gordianos en la estrategia comunista. El décimo y último capítulo sirve de síntesis aportando los rasgos de corte socio-territorial que permiten trazar el perfil de las víctimas, cerrándose con unos breves apuntes conclusivos.

Una cita recogida en el libro, aparentemente anecdótica, ilustra a la perfección la tesis general del estudio, definida por la pervivencia de la violencia punitiva y su discrecionalidad. Está extraída del testimonio del recientemente fallecido José Ramón Herrero Merediz al evocar su paso por un tribunal castrense en 1960, tras las detenciones sufridas entre los delegados que asistieron al VI Congreso celebrado en Praga. El juez instructor –el teniente coronel José Antonio Valvas– le recordó que podría ser acusado de rebelión militar, con lo cual se enfrentaba a una condena que podía oscilar entre los seis meses de prisión y la pena de muerte. «Sinceramente no creí que mi vida corriese

peligro», escribió muchos años después Herrero Merediz, «pero nunca olvidaré la sonrisa de satisfacción de mi juez instructor» al pronunciar aquellas palabras.

Militancia clandestina y represión se sitúa en una suerte de *terra incognita*. Aborda la represión franquista en el tiempo corto circunscrito entre 1956 y 1963, lejos ya de la extraordinaria virulencia de posguerra y antes de los estertores de violencia estatal que acompañaron la recta final de la dictadura. Este hecho obliga al autor a un esfuerzo de categorización sobre el fenómeno represivo, en un momento en que las cifras más visibles del mismo decrecían coincidiendo con el notable esfuerzo oficial por redefinir sus mecánicas de legitimación social. El emblema de ese empeño tomó forma al socaire de la ruidosa campaña de los XXV Años de Paz (1964), pero sin duda puede rastrearse ya desde 1956. La imagen de una dictadura benévola que se auto-justificaba ante la esfera pública en virtud de criterios funcionales —proporcionar crecimiento económico, desarrollo social y tranquilidad ciudadana impulsando el bienestar colectivo mediante iniciativas pragmáticas, en apariencia apolíticas y coherentes con el entorno del mundo occidental— ha sido interpretada como expresión histórica sustancialmente distinta a la realidad de 1939. La versión más exaltada de esta lectura sobre el segundo franquismo estribaría en situar al propio Franco como matriz, siquiera involuntaria, de la transición a la democracia y como ejecutor del fracaso de la continuidad de su propio régimen.

Francisco Erice recalca, en cambio, cómo los cadalsos permanecieron en su sitio entre 1956 y 1963. De hecho, siguieron localizados en el emplazamiento fijado desde el nacimiento de la dictadura, aunque bajasen en número y se empleasen en contadas ocasiones, pero siempre en coherencia con el principio de «lo excepcional normal». De

otra parte, según recalca el autor en diversos pasajes de su estudio, es necesario entender el fenómeno represivo sin perder de vista su extraordinaria complejidad, su carácter de práctica híbrida donde se complementaron las formas de violencia física, la coacción y la imposición, el miedo, las intimidaciones y la presión psicológica, además de la movilización simbólica, la disuasión y la prevención, junto a la indispensable gestión de las adhesiones, los consensos, las aquiescencias y las pasividades. Este escenario multiforme permite correlacionar la represión más expeditiva —y la segunda parte del libro hace minucioso inventario de la misma— junto a esas otras estrategias de socialización franquista antes mencionadas desplegadas a lo largo de los años sesenta y que se mantuvieron aún, con un acusado tono *ad nauseam*, en los cinco primeros años del siguiente decenio.

El otro escenario abordado en *Militancia clandestina y represión*, igualmente de evidente complejidad, corresponde a las coordenadas históricas donde situar al partido. Lejos de conformar un todo unívoco, el mundo comunista español estuvo recorrido durante este período por esferas y tensiones diferenciadas. La más notable correspondió a la territorialidad dual y al riesgo de desembocar en dos partidos, el del interior y el del exilio, disperso este último a su vez en múltiples focos geográficos. Pero asimismo se incorporaron otras dinámicas, como las dialécticas trazadas entre ruptura y continuidad generacional. También el largo camino que iba del diseño teórico a la resolución práctica de las orientaciones políticas, el hacer valer el principio de autoridad ante la presencia de tejidos autónomos, el optimismo de la dirección frente al día a día del antifranquismo comunista a ras de calle o las posibles fallas entre el ideal y la cotidianeidad de las prácticas militantes clandestinas. Con una base hu-

mana efectiva modesta, nutrida quizá por entre diez y doce mil activistas, el reto era enorme al añadirse otros muchos extremos: el prolongado esfuerzo por materializar el «entrismo» en las estructuras sindicales, la implicación en las dinámicas de conflictividad social, la necesidad de dar forma a la difícil y frustrada táctica del «jornadismo» y la Huelga Nacional Política o el tener que sortear los reiterados golpes policiales.

Francisco Erice contrasta el vasto catálogo de las formas de violencia estatal con el vademécum codificado del buen comunista, alertándonos acerca de la tensión presente entre ambos extremos, en ocasiones humanamente insuperables. El libro se nutre de la rica literatura testimonial de dirigentes, cuadros y afiliados de base que evocaron aquellos años que continuaban siendo grises, junto a un uso en profundidad de los fondos de archivo de la organización, en particular de la sección sobre represión franquista. Nos recuerda como la policía fue, por ejemplo, «inusualmente cortés» con Antoni Gutiérrez, tal vez por su «respetable profesión de médico pediatra». Aunque ello no nos debe hacer olvidar otras sofisticaciones, como las de un policía asturiano —Recaredo— aficionado a taladrar pabellones auditivos con una máquina de perforar billetes de tranvía.

La represión formó parte consustancial de la interacción asimétrica establecida entre el PCE y la dictadura franquista. El partido hizo del antifranquismo su seña de identidad más notable y el régimen siguió cultivando insistente mente la veta anticomunista como corazón mismo de su narrativa y su lucha antisubversiva. La presencia del partido en el interior se intentó contrarrestar con la maquinaria represiva, al tiempo que esta actuó como factor coherente respecto al colectivo comunista. Erice reflexiona de modo especialmente lúcido

acerca de los rasgos y contradicciones del ejercicio de militar en las estructuras subterráneas del PCE: ahí se concitaron los activos de la fidelidad, de un ejercicio vital que exigía muchas veces un compromiso a tiempo completo o del sentimiento de pertenencia a un todo con resonancia casi familiar, pero que también resultaba en gran medida imaginado e idealizado y que, con frecuencia, se acompañó de un lado oscuro plagado de frustraciones —la «castración» según el autor— de expectativas y posibilidades personales.

Esa interacción asimétrica entre el PCE y la dictadura se expresó asimismo a través de la dinámica de réplicas y contrarréplicas que han sido exemplificadas al inicio de las presentes páginas. El relato comunista asimiló rápidamente, desde la misma conclusión de la Guerra Civil, los vectores de la resistencia y la lucha contra la represión. Este discurso constituye un prolongado eje de continuidad que debe explicarse, en parte, en clave de movilización de referentes cohesivos internos, si bien sus manifestaciones precisas ofrecieron mutaciones y adaptaciones sensibles. En todo caso, la épica del antifranquismo se apoyó en tres grandes pilares complementarios: en el sempiterno optimismo acerca del inminente colapso del régimen, en el valor moral otorgado al activismo en la clandestinidad y en la importancia de la solidaridad. Francisco Erice, un cuidadoso analista de las ambiguas relaciones entre memoria e historia, siempre ha alertado sobre el riesgo de confundirlas como si fuesen sinónimos perfectos. Sin embargo, *Militancia clandestina y represión* pone en evidencia la posibilidad efectiva de ubicar en una perspectiva explicativa e interpretativa histórica sólida los jalones fragmentarios del episodio biográfico y el testimonio sin necesidad de renunciar ni al espíritu crítico ni tampoco al reconocimiento.